

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO III

TEGUIGALPA: 1.º DE NOVIEMBRE DE 1963

NUM. 48

Cuentos crueles

LA NOCHE DE DIFUNTOS

I

DESPUÉS de su negra perfidia, Pedro Hervieu la encontró sola, una noche, en su pequeño salón de recibo. Absorbíase en un volumen de versos, reclinada en un sofá de terciopelo violeta. Una lámpara de fino alabastro derramaba una dulce claridad sobre las bellas tapicerías. Las páginas armoniosas de la última sonata de Beethoven mirábase en desorden sobre el piano entreabierto; y un reloj de forma singular, exornado de mármol negro y rosa, decía el ritmo de las horas muertas sobre una minúscula mesa de sándalo.

Pedro recordó largo tiempo después hasta los más leves detalles de aquella hora y de aquel salón: los claveles escarlatas y las rosas de oro que brillaban en los jarrones de Sevres; los cuadros, las cortinas, los muebles raros y los objetos de arte. Un téame perfumase de heliotropo difundíase en la cálida atmósfera.

Vestida con un aéreo traje rosa pálido, suelta la cabellera de matices azules, escotado el busto morbido y seductor, Carmen permanecía inmóvil.....

La muelle alfombra no le permitió oír los pasos del joven, que se detuvo á contemplarla. Pasaron algunos minutos. Ella dobló la postrera hoja del libro; y al volverse, sus ojos se encontraron con los de Pedro. Se estremeció durante un segundo y luego se repuso. Sonriendo levemente, tendióle la mano con afectuosa cordialidad.

—¿De dónde sales, amigo mío?.....Hace dos semanas que no te veo.....

Pero él la miraba sin contestar, pálido como un difunto.

Avanzó lentamente hasta sentarse á un lado de la joven, quien le besó varias veces en la boca y en los ojos.....

—Estás frío como si salieses de la tumba—le dijo con su voz dulcísima. ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—Ha llegado el triste noviembre—murmuró él—y sus noches son glaciales. Caminé muy despacio por la calle solitaria, admirando el creciente de la luna. Entre tanto, un gélido vientecillo helaba mi corazón. Y he pensado en el frío que ahora sentirán los muertos.....

Reinó el silencio.

—Vosotros los poetas sois así—dijo ella al fin. Siempre soñando extrañas cosas, eternamente abstraídos en ideas vagas y remotas. Vais con los ojos fijos en vuestra amada la Señora Luna, que os mira impasiblemente desde los altos cielos. Y apenas os queda tiempo para dedicaros á los placeres de la tierra. Vivís una vida imprecisa y fantástica, llena de visiones y de símbolos. Vuestra fastuosa fantasía derrama sus iris mágicos sobre todos vuestros actos; y unas veces favorable y otras hostil, es ella quien os señala el sendero por donde erran vuestros pasos. De aquí que se revista todo á vuestros ojos de un carácter hiperbólico, que es, sin duda, la causa del tedio y la tristeza que os abruma. Porque es cierto que en las naturalezas de selección las formas de la materia, engrandecidas y sublimadas un momento, son después vistas con hastío y horror.

El la oía apenas; y mirándola fijamente, pensaba:

—Esta linda mujer ha sido mía una y cien veces. En mis brazos ha llorado de amor y yo he bebido en su boca sus lágrimas dulces. Mi boca ha besado todo su

cuerpo y la he poseído hasta el sufrimiento. Y ahora me habla irónicamente de mis quimeras y de mis abstracciones..... En verdad, *la carne es triste*, y monótona. Es preciso, para que el espíritu no agonice, respirar libremente en una atmósfera de sueño y de poesía. Pero decid esto á ciertas mujeres y se reirán de vosotros. Porque, acostumbradas á hacer vibrar continuamente su cuerpo, sólo comprenden la vida del espasmo. Verdaderas locas del placer, gozan hasta que su carne y sus nervios dejan de vibrar. Después, aun cuando existan, caen en la inmovilidad y en la peor de las muertes.

II

Pero como ella seguía hablando, él se puso á escucharla.....

—Sin embargo, amigo, yo os adoro á todos vosotros, divinos lunáticos. Me refiero á los poetas mayores ó á los espíritus iluminados. Los hombres vulgares me fastidian horriblemente y los tontos me desesperan. La vulgaridad es una forma de fealdad moral más repugnante que la deformidad física; y yo poseo una naturaleza refractaria á todo lo que no lleva en su fondo una luz de belleza. Yo comprendo únicamente á los poetas como tú—y valga esto en desagravio de mis primeras frases—nobles y altivos, elegantes en el fondo y en la forma. Tú, ciertamente, me has hecho gozar de un modo extraordinario en nuestras lejanas horas de lectura y de amor. Y es por eso que nunca podré olvidarte, que te amaré siempre con igual intensidad. Raro y singular en todo, tienes un modo único de poseerme: me haces llorar y reír, gozar y sufrir á un mismo tiempo. Eres encantador.....

Pedro meditaba amargamente:

—.....La poseo de un modo único.....— Si no tuviera todas las pruebas de su infame engaño, bastaríame esa frase para convencerme de él. Ha establecido comparaciones entre mi manera de poseerla y el capricho de sus otros amantes. ¡Ah, querida traidora!

Volvió á reinar el silencio, sólo interrumpido por el rumor pausado del reloj.

Carmen jugaba distraídamente con un abanico de plumas. Él la veía, ahora,

con una expresión de terror, de dolor y de piedad.....

—He amado su rara hermosura y su alma enigmática—pensaba—mucho más de lo que ella se imagina. La he querido única y ciegamente; y la deseo aún con toda mi sangre. Fuera de ella, nada quiero de la vida. Sus veinte años iluminaron mi juventud; las miradas de sus ojos misteriosos enloquecieron mi espíritu. Pero hé aquí que ella me ha traicionado y que la vida ha concluido para los dos.

Las campanas de la catedral empezaron á doblar, de pronto, en el gran silencio nocturno.

Los dos amantes se miraron sorprendidos. Y recordaron que era aquella la noche de difuntos.

III

Una fría ráfaga apagó la lámpara. Mientras Carmen volvía á encenderla, el atormentado abismábase en sus amargas meditaciones.

—¡.....Y pensar que otro la ha poseído; que otro ha gozado del divino tesoro de su cuerpo, rindiéndola en un voluptuoso espasmo; que otro, en fin, la ha manchado con su lujuria, para siempre.....!

Su pensamiento angustiado le hizo ver el acto ruín y monstruoso, en todos sus groseros detalles. Y sintió en el pecho la impresión de una intensa quemadura.

—Nada martiriza tanto como la imaginación—se dijo. Bajo su influencia las cosas adquieren formas extravagantes y dolorosas. Pondré fin á mi alevé suplicio abandonando este salón, que tiene esta noche la figura de un ataúd. Ya en mi casa me encontraré salvado.....

En verdad, aún entonces, él ignoraba lo que iba á ocurrir.....¿En dónde estaría en la noche siguiente? Qué algo terrible iba á sucederle antes de una hora?.....¿O serían sus sentidos perturbados los que le alucinaban de aquel modo? Sin duda..... Véase atravesando la calle, y, ya en su cuarto, acostándose tranquilamente.....

IV

—¿Sabrá ella que conozco su traición? ¿O creará que la juzgo amorosa y pura como antes? ¿En qué piensa? ¿Me ama? ¿Me desprecia?

Esto se preguntaba Pedro, viéndola á su lado, pensativa y sonriente.

El reloj dió las once. En la fúnebre calma de la noche, las campanas á lo lejos, seguían doblando.....

Cerca de ellos el silencio era ahora terrible, lleno de dolor y de cosas profundas. El tiempo parecía haberse paralizado; tan lenta y angustiosamente transcurrían los minutos y los segundos.

El joven se sentía vibrar de la cabeza á los piés; y oía, como si fuera un ruido mortuorio, el insólito latir de su ensangrentado corazón.

Pensó por la vez última, ya con las ideas en delirio:

—Estás junto á mi, cálida y perfumada, llena de alegría y de vigor; y mañana dormirás en el sepulcro. Te sientes ahora plena de salud, y dentro de una hora yacerás palidísima sobre un túmulo negro, vestida de negro.....!

De improviso, ella dejó de sonreír y se puso á temblar. Algo sobrehumano había visto en los ojos del amante. Este sonrió entonces extrañamente, fúnebremente.

El silencio pesaba como una montaña sobre sus corazones.

Con una voz sorda y lejana, que ya no era de este mundo, Carmen dijo aún algunas palabras, con los ojos llenos de lágrimas.....

—¡Qué triste es la noche de difuntos, querido Pedro! Como tú dices, los muertos deben tener mucho frío, en el cementerio.... Yo también siento ese frío.... Pero tú me amas y tu alma ha de darme el calor que necesito. ¿No es verdad?.....

El joven se llevó la mano al pecho, y con un movimiento rápido, por toda respuesta, le clavó su puñal en el corazón.

FROILÁN TURCIOS

Beruria

(Traducción de
DOMINGO ESTRADA)

ACOSTÁBASE el sol tras la montaña de Sión.—Aquel era un día santo, un sábado.—Beruria, compañera del dulce rabí Meier, cuyo cargo lo retenía en el sagrado templo, ante dos cuerpos rígidos, helados,

horaba amargamente.—Lios, que al viento manda arrancar del tembloroso tallo á las dulces anémonas: y rompe la única rama que alcanzó la mano, y que livida asió sobre el abismo..... ese día á sus niños adorados le arrebató: dos ángeles hermosos, dos divinos gemelos de diez años, dos frentes adorables y sagradas!... Y gritando, riendo, sollozando, trágica madre de dolor demente, con el raudal regaba de su llanto, y de besos sin número cubría los cuerpecitos, cual los lirios blancos!.....

Y de repente se calló, transida por un horrible pensamiento amargo: el padre!.....El pobre padre cuando llegue tranquilo, sonriente, sin cuidados, oír desde el umbral los roncos gritos, lágubres ayes y sollozos vanos; y sabrá que el negro ángel de la muerte nuestro hogar con sus alas ha tocado, y que sus niños en la eterna noche para siempre sus ojos ya cerraron, sin decirle un adiós, y que se han ido mientras llenando su deber sagrado, la palabra de Dios él enseñaba al pueblo todo, sobre el monte santo! Beruria entonces las cabezas blondas dulcemente tomó; y entre sus brazos al oído diciéndoles muy quedo no se sabe qué cosas, sobre el tálamo, donde antes despertaban con la aurora teniendo tiernos, matinales cantos, como en los nidos los polluelos tienen, los colocó; y un suave lienzo blanco extendió, reprimiendo sus sollozos sobre sus frentes, frías como el mármol; y junto á ellos cayendo de rodillas, la hora triste aguardó, á Dios orando. En la noche, el rabí Meier estuvo de regreso en su hogar.—Del día santo la copa sin hablar, al caro esposo le presentó la madre, sossegado el semblante, y el alma prevenida para el combate cruel.....Entre sus brazos estrecha á su mujer, y la contempla con amor un instante; y sin retardo pide sus hijos.—Estarán—responde en el templo.—Y él dice: no han estado, mujer, allí.—¿Lo sabes?—De allí vengo—el buen rabí contesta.—En ese caso se hallarán en la casa de algún pobre.....—Díce bendiga sus días y sus años—dijo el rabí gozoso; pues sus almas son tan hermosas cual sus ojos claros y púdica tu frente!...—Silenciosa preparó la comida; su agitado corazón de piedad se estremecía ante ese gozo inoportuno..... Cuando las palabras de gracias, dulcemente al acabar él hubo recitado, aventuró la esposa estas palabras:—En este instante, Meier, un insano negro pesar me abate, me tortura, llena mi pobre pecho: tú eres sabio,

tú eres fuerte, rabí, tú eres un hombre,
y un buen consejo de tu amor reclamo.
—Habla!.....¿Qué tienes?—Y la pobre esposa,
cacucha—dijo—su emoción ahogando.
Un ser desconocido, hace ya tiempo,
dos diamantes soberbios en mis manos,
dos diamantes, rabí, bellos, divinos,
dejó como depósito sagrado,
y lleno de confianza partió luego....
Desde entonces pasáronse diez años
los contemplé y amé más cada día,
y siempre el corazón me iluminaron
las joyas de pureza incomparable
con sus hermosos, con sus dulces rayos....
Nunca me figuré que restituirlos
debiera un día: los amaba tanto!
Y en mi cándido amor, los creí míos,
mas, ¡ay!.....que de repente el propietario
ha venido: sus joyas me reclama....
Y yo vacilo y dado: esposo amado,
¿será preciso, di, que restituya
los dos bellos diamantes que idolatro?...
—Devuélvelos! Devuélvelos al punto!—
el rabí respondió, estupefacto.
¿Cómo puedes pensar un sólo instante
en guardar el depósito sagrado?...

La valerosa madre entonces dijo,—
al descubrir con temblorosa mano
los diamantes confiados á su guarda,
los dos inertes cuerpecitos blancos:—
—Mira sobre ese lecho!...Era un depósito....
y lo volví, pues Dios lo ha reclamado!—

G. PORTO-RICHER

Últimas páginas

de *La Muerte de los Dioses*

ERA aquella una gran trirrema de mercaderes, cargada de preciosos tapices de Asia y de ánforas de aceite de olivas, haciendo la travesía entre Seleucia de Antioquía y la Italia.

Bogando entre las islas del Archipiélago se dirigía hacia la isla de Creta, donde tenía que tomar un cargamento de lana y desembarcar algunos frailes en un convento.

Los ancianos, sentados en la proa, pasaban los días en conversaciones piadosas, en plegarias y en el trabajo monacal, que consistía en tejer cestas con ramas de palmera.

Por la tarde, de detrás de la popa, bajo un ligero velo de lona color violeta, se instalaban los demás pasajeros, con los que los frailes no querían tener nada de común, considerándolos como paganos.

Eran Anatolio, Amiano Marcelino y Arsinoe.

Reinaba una gran calma. Los remeros esclavos de Alejandría, levantaban y bajaban los largos remos cantando una triste melopea. El Sol se ponía detrás de las nubes. Anatolio miraba las olas, pensando en la frase del poeta:

La mar riente hasta el infinito.

Tras el gentío, el calor y el polvo de las calles de Antioquía; después del tufo de las lámparas y del hálito del populacho, descansaba repitiendo:

—¡Riente hasta el infinito! ¡Tómame y depura mi alma!

Calipo, Amorgos, Astifela, Fera; cual luminosas visiones surgían las islas, ora elevándose por encima del mar, ora desapareciendo como si alrededor, en el horizonte, bailasen las oceánides su eterna danza. Se le imaginaba á Anatolio que los tiempos de la *Odisea* reinaban aún allí.

Sus compañeros no turbaban sus meditaciones. Cada uno estaba absorbido en su labor. Amiano Marcelino ponía en orden sus notas sobre la campaña de Persia, la vida del emperador Juliano y por la noche leía la notable obra del maestro cristiano Clemente de Antioquía, titulada *Miscelánea*.

Arsinoe modelaba bocetos de cera para una gran estatua en mármol.

Era un cuerpo de dios olímpico cuya cabeza tenía una expresión de tristeza sobrenatural. Anatolio quería y no se atrevía á preguntarle si aquel era Dionis ó Cristo.

La artista había abandonado ya sus hábitos de religiosa. Las gentes piadosas se apartaban de ella con horror, llamándola la Apóstata. Pero su nombre y el recuerdo de las generosas donaciones hechas tiempo atrás á los conventos cristianos la preservaban de las persecuciones. De su gran fortuna no le quedaba más que una mínima parte que le bastaba para vivir independiente; y en las orillas del golfo de Nápoles, no lejos de Bayas, una pequeña propiedad y la misma quinta en que Mirra pasó sus últimos días. Allí, Arsinoe, Anatolio y Marcelino, habían resuelto descansar de los alborotados años de su vida, en profunda tranquilidad, sirviendo á las Musas.

La ex-monja vestía ahora con las mismas ropas que antes de su consagración. Los sencillos y nobles pliegues del pepum le hacían de nuevo parecerse á una antigua virgen ateniense. Pero la tela era oscura y el oro de sus cabellos se veía apenas bajo el velo que los cubría. En sus ojos, que no reían nunca, se leía una severa, casi austera sabiduría. Solos, los brazos de la artista, desnudos hasta la espalda, destacaban su blanco brillo entre los pliegues del pepum, cuando trabajaba impaciente, rabiosamente en la suave cera. Anatolio creía ver una extraordinaria energía en aquellas manos pálidas.

Aquella noche la nave costeaba una isleta cuyo nombre nadie sabía y que de lejos semejava una árida roca. Para evitar los fondos peligrosos la trirrema tenía que navegar muy cerca de la orilla. En la proximidad del cabo escarpado el agua era tan transparente que se podía ver en el fondo los granos de arena y los musgos. Por detrás las oscuras rocas parecían verdes llanuras donde pacían ovejas. En medio se levantaba un plátano.

Anatolio vio sentados al pie del árbol un mancebo y á una doncella, probablemente hijos de pobres pastores. En el fondo, no lejos de ellos, entre los cipreses, blanqueaba una estatua de mármol, el dios Pan tocando la flauta. Anatolio se volvió á Arsinoe para mostrarle aquel sereno y apacible rincón de la Helada, pero las palabras, al ir á ser pronunciadas, expiraron en sus labios. Ella no los había visto, y fijamente, con una sonrisa de extraña alegría, contemplaba su creación, una estatua de cera, una figura de una equívoca seducción, de sobebrio cuerpo olímpico y de faz sobrehumanamente triste. El corazón de Anatolio se angustió. Preguntó á Arsinoe con voz entrecortada, casi agresiva, señalando al boceto:

—¿Por qué haces eso? ¿A quién representas?

Lentamente, haciendo un soberano esfuerzo, los ojos en el cielo, dijo:

—¡Las sibilas deben tener unos ojos así!

—Arsinoe, ¿crees que las gentes te comprenderán?

—¡Qué importa, amigo mío!

Y añadió en voz baja, como si hablase para sí:

—Extenderá sus manos sobre el mundo. Debe ser inexorable y terrible como Mitra—Dionis, con toda su belleza y toda su fuerza; misericordioso y humilde.....

—¿Qué es lo que dices? ¿Qué contradicciones son esas? ¿Es posible?

—¡Quién sabe! Para nosotros, aun no. En el porvenir, tal vez.....

El sol descendía sin parar.

Por bajo de él, sobre el horizonte, una nube le esperaba como para invitarle al reposo en su sombra, y los últimos rayos alumbraron la isla, tibios y tristes. El pastor y su compañera se acercaron al altar del dios Pan para ofrecerle el sacrificio de la tarde.

—¿Crees Arsinoe—continuó Anatolio—crees que hermanos desconocidos recogerán el caído hilo de nuestra existencia y lo enhebrarán de nuevo para ir más lejos? ¿Crees que no perecerá todo en esta sombra de barbarie que desciende sobre Roma y la Helada? ¡Oh, si así fuera! Poder saber lo que nos reserva el porvenir.....

—¡Oh!—exclamó Arsinoe, brillando en sus ojos un fuego profético. El porvenir está en nosotros, en nuestra delirante angustia. Juliano tenía razón. Sin gloria, en el silencio, extraños á todos y solitarios, debemos trabajar hasta el fin. Debemos ocultar en la ceniza de los altares la postrera áscua, para que las tribus y las naciones futuras encuentren con que encender las nuevas antorchas. Comenzarán por donde nosotros concluimos. ¡Qué muera la Helada! Otros hombres vendrán, que desenterrarán sus santas osamentas, los resplandores de su mármol divino, y que de nuevo llorarán y rezarán sobre ellos! ¡Otros seres que descubrirán en nuestras tumbas mudas, hojas amarillentas de nuestros libros, y de nuevo, como si fueran niños, deletrearán los antiguos versos de Homero, los antiguos diálogos de Platón! ¡Y entonces resucitará la Helada y nosotros con ella!

—¡Y con nosotros nuestra maldición!—exclamó Anatolio. ¡Se reanudará la lucha entre el Olimpo y el Gólgota! ¿Para qué? ¿Quién vencerá? ¿Cuándo acabará el combate? Responde, sibila, si puedes!

Arsinoe se callaba, los ojos bajos. En fin, miró á Amiano, y mostrándosele á Anatolio, dijo:

—Hé aquí quien te responderá mejor que yo. Su corazón está como el nuestro, dividido entre Cristo y el Olimpo, y sin embargo, no ha perdido la lucidez de su alma. Repara como escucha nuestra discusión, con calma.

Amiano Marcelino, dejando de leer el libro de Clemente, escuchaba, en efecto, silencioso.

—Cuatro meses hace—dijo el epicúreo interpeándole—que somos amigos, y á esta hora no sé si eres cristiano ó pagano.

—Lo ignoro yo mismo—respondió sinceramente Amiano, ruborizándose.

—¿Cómo! ¿No te ha atormentado nunca la duda? ¿No has sufrido de las contradicciones de la sabiduría helénica y de la sabiduría cristiana?

—No, amigo mío; pienso que ambas enseñanzas coinciden en muchos puntos.....

Pero entonces ¿cómo tienes la intención de escribir la historia del imperio romano? Una de las balanzas deberá hacer inclinarse á la otra.

—No necesitan saber los que lean lo que pienso, lo que soy. Ser justo con los unos y con los otros, hé ahí mi objetivo. Amaba al emperador Juliano; pues aun para él seré imparcial. Que nadie en el porvenir decida lo que fué, como no lo he decidido yo mismo.....

Anatolio había ya tenido ocasión de comprobar la elegante cortesía de Amiano, su bravura, su fidelidad para los amigos; ahora admiraba en él la profunda lucidez de su espíritu.

—Verdaderamente ¡has nacido historiador, Amiano!—exclamó Arsinoe.—Juez imparcial de nuestro siglo apasionado, reconciliarás las dos doctrinas enemigas!

—¿No seré el primero!

Y Amiano se levantó inspirado, y dijo designando los rollos de pergamino del gran maestro cristiano:

—Todo está ya aquí expresado y mejor que yo pudiera hacerlo. Es la *Estromatía*, de Clemente de Alejandría. Prueba que la grandeza de Roma, la sabiduría de la Helada, prepararon ya enseñanza de Cristo. Los presagios, los presentimientos, las alusiones, son anchos escalones

conduciendo al reino de Dios. Platón es el precursor de Jesús.

Estas últimas palabras, dichas con una gran sencillez, impresionaron profundamente á Anatolio. Le pareció recordar que todo esto había ya existido; la isla luminosa en el sol poniente, el olor á resina de la nave, las palabras de Amiano, y se imaginó ver una amplia escalera de mármol inundada de sol, toda llena de columnas como los Propileos de Atenas, conduciendo derechamente al cielo azul.

Mientras tanto, la trirrema, lentamente, costecía el cabo. El bosque de cipreses había casi desaparecido detrás de las rocas. Anatolio dirigió una última mirada al adolescente, que estaba con la muchacha ante la estatua del dios Pan.

La joven doncella vertía sobre el altar la ofrenda de la tarde: leche de cabra mezclada con miel. El mancebo se disponía á tocar la churumbela.

La trirrema bogaba en plena mar y todo aquel cuadro se desvaneció. Sólo la humadera azul del fuego del sacrificio subía por encima del bosque.

Entonces, rompiendo el majestuoso silencio, resonó un canto grave de iglesia; los viejos monjes, en la proa de la nave, entonaban al unísono la oración de la tarde.....

Y á lo lejos, como si respondieran á estos cánticos, volaron los ecos de placenteros sonidos. El pastorcito tocaba en la churumbela el himno nocturno al dios Pan, el antiguo dios de la alegría, del amor y de la libertad.

El corazón de Anatolio se estremeció de sorpresa.

—¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!—rezaban los monjes.

Y allá en lo alto, hasta el mismo cielo se elevaban los puros sonidos de la flauta del pastor, fundiéndose con las palabras de la plegaria cristiana.

El último rayo se extinguió sobre las rocas del bienaventurado islote, que súbitamente pareció muerto en medio del mar. Ambos himnos cesaron.

El viento sopló en los aparejos, se levantaron olas. La nave gimió quejumbrosamente. Nubes oscuras vinieron del Sur y el mar tomó un aspecto sombrío. La tormenta se desencadenó y en el fon-

do del horizonte resonaron los primeros ruidos, pronto trocados en estampidos, de los truenos.

La noche y la tempestad marchaban juntas, lado á lado.

DMTRY DE MEREJKOWSKY

Fantasmas

—Si es cierto—me dijiste conmovida—
que abandonando su retiro eterno,
suelen volver los muertos á la vida,
en las calladas noches del invierno;

Que si sufren, con voz aterradora
demandan de los vivos las plegarias,
y sólo á los reflejos de la aurora
retornan á sus tumbas solitarias;

Si es cierto, y él viniera y profanado
hallara el lecho que dejó vacío,
¡qué dijera si al vernos, indignado
pidiese cuenta del perjurio mío!

De cómo pude yo, falaz y artera,
jurar que nunca de tu amor los lazos
el alma, que era suya, hallar pudiera,
si me entregaba en tus amantes brazos.

Por eso tengo, de la estancia obscura,
hondo terror que dominar no puedo.
No me dejes; la aurora aun no fulgura;
aproxímate más, que tengo miedo.

Mira: con clara luz—¡luz importuna!—
alumbra el cementerio de la aldea
imposible y fatídica la luna.....
Tárbase mi alma y mi razón flaquea.

Porque al mirar el blanco campanario
entre la sombra que proyecta el inerto,
me parece que envuelto en el sudario
se alza terrible el engañado muerto.

Y de sus pasos fingeme el ruido
el murmullo del viento entre las hojas.....
—Como tanto te quiero, no he reído—
te dije,—de esas fútiles congojas.

Los muertos nunca vuelven á la tierra;
deja temores locos y pueriles,
y olvida la patraña que te aterra,
digna sólo de cuentos infantiles.

Sus miembros quedan en la tumba oprimos;
ni celos siente, ni el pesar le acusa,
y ni al rumor de nuestros dulces besos
alzar intenta la pesada losa.—

Senti agitarse tu ardoroso pecho,
olvidamos el triste camposanto,
y unidos en la sombra, en lazo estrecho,
besé tus labios y enjugué tu llanto.

Hoy mi huésped constante es el hastío,
y hay en mi corazón tanta tristeza,
que late enfermo y desolado y frío
sin que haya encañecido mi cabeza.

Ni esperanzas abriga en lo futuro,
ni lo engañoso del pasado anhela:
la nieve de un invierno prematuro
más que la escarcha de la edad, nos hiela.

Sólo en noches de insomnio, entre la sombra
donde la vista fatigado pierdo,
se levanta un fantasma que te nombra:
fantasma de tu amor es tu recuerdo.

No es un fantasma de pasados bienes
de blanca veste y fulgurantes galas,
que dé frescura á mis marchitas sienes
con el contacto de sus niveas alas:

Más que la sombra es negro su ropaje;
es su beso morboso áscua que quema;
sus palabras de amor son un ultraje,
y su presencia sola un anatema.

Cierro los ojos, cóbreme la frente;
mas él lleva sus labios á mi oído,
y me culpa de abrirte la pendiente
del abismo sin fondo en que has caído.

Me cuenta tu abandono, tus desvelos,
tus torpes dichas de mujer manchada.....
Y hasta que luce el sol sobre los cielos
no abandona el espectro mi morada.

Y ya comprende el alma conmovida,
cuando la hiere el torcedor interno,
cómo hay muertos que vuelven á la vida
en las calladas noches del invierno.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Emblema de Lamartine

AMARTINE! Su nombre dulcemente sonoro
fue el primer nombre de poeta que acaricié
mi oído. Sus versos fueron los primeros que
retuvo mi memoria, cuando, muy niño aún,
arrodillábame en el amplio lecho maternal,
y juntando mis manos, recitaba palabra por palabra,
siguiendo una voz muy querida y que dejó
de vibrar hace mucho tiempo, la plegaria matinal:

¡O père qu'adore mon père!
Foi qu'on me nome qu'à genoux,
Toi dont le nom terrible et doux
Fait courber la front de ma mère;

Lamartine es (decía Humboldt en 1843) un cometa,
cuya órbita no ha sido medida aún.

Sólo veinticinco años después de su muerte, y
en los últimos de este siglo, del que es la gloria
más pura, empezamos á comprender cual fué la
grandeza de aquel poeta del pensamiento y de la
acción, que reunió en sí todos los rasgos y todas
las formas del genio. Grecia después de haber
colocado su lira en medio de las estrellas, hubiera
convertido á ese mortal, en cuya vida se resumen
tantas otras, en un personaje místico, en otro Orfeo,
porque domó á la más feroz de todas las fieras:
al hombre; ó en algún Belerofonte vencedor de la
Quimera y ginete en el caballo alado de las Mnsas,
caído del cielo como él, y

concluyendo de vivir según dijo Homero, con el corazón consumido por los pesares, sólo y huuyendo de los senderos transitados por los hombres. Para nosotros es el representante más noble y ejemplar de la humanidad: el héroe moderno.

Es el primero que aparece de la gran trinidad poética. Su caridad radiante es la primera que deslumbra al siglo. *Los Poemas* del puro y sombrio Alfredo de Vigny, las *Odas* del niño sublime que debía ser Víctor Hugo, no aparecieron sino dos años después de las *Meditaciones*. También es el primero de los poetas franceses que tuvieron el sentido de lo infinito. Su poesía es sencilla, esencialmente religiosa. Ascende como un canto. Lo ha espiritualizado todo: la Naturaleza, el hombre, sus pasiones, el mismo ensueño.

Carece de arte, ha dicho un escritor muy sutil, y esta frase de profundo sentido da á entender lo que fué aquel genio, tan espontáneo que parece inconsciente.

El poema de su vida activa comienza al día siguiente de las *Armonías*. La revolución de 1830, rompiendo el lazo que le une á la realidad tradicional, le deja libre cuando ya había aprendido del Imperio lo que valía la libertad. Los Gobiernos no eran á sus ojos sino instrumentos de civilización. Guardó Lamartine, sin embargo, á la Monarquía de julio, el reactor de un realista caído. Juzgando perdidos ya á los Borbones de la primera rama, ya era, inconscientemente, republicano. Y con la segunda vista que poseía, como don singular, adivinaba que había de intervenir en las catástrofes que se aproximaban. Para soñar con ellas y para soñar al mismo tiempo con los grandes poemas que había concebido, marchó á Oriente. Quiere ver la cuna de las razas, la tierra de los Profetas y meditar en el Calvario.

A su regreso entra en la Cámara. Toma asiento en el techo, como él decía. En política, las combinaciones inmediatas, la lucha cotidiana y el aspecto práctico de las cosas le interesan poco. Pero en aquel campo, como en el de la poesía, tiene la imaginación adivinadora, y abarca los conjuntos en un amplio golpe de vista que alcanza á grandes distancias. Habla. Desarrolla magníficamente sus ideas y sus ensueños, que el porvenir realizará, en una serie de discursos animados por un aliento verdaderamente profético: sobre la cuestión de Oriente, los caminos de hierro, la vuelta á Francia de los restos de Napoleón, y las fortificaciones de París, por no citar sino los más célebres. Es un visionario. Para él, la tribuna es una tripode. Sus oraciones son oráculos. Predice y no por medio de sibilíficas circunlocuciones, sino en términos formales y precisos, la apertura del Istmo de Suez, el inmenso desenvolvimiento de las vías férreas, las dificultades actuales entre el Estado y las grandes Compañías, el segundo imperio, la unidad de Alemania, el sitio de París, la guerra civil que lo siguió..... ¡qué se yo cuántas cosas más! Antes que nadie, agita en la Asamblea la cuestión social. Su alma generosa, emocionada, conmovida por la caridad que siente hacia el género humano. "Tengo el instinto de las masas," escribió en 1838. Y

algunos años después: "El espíritu social ha reemplazado al espíritu monárquico." La Cámara, momentáneamente encantada, le escucha. El país le oye.

Se halla entonces en el apogeo de su gloria. Publica *Joselyn*, el único gran poema moderno, sublime y familiar á la vez. Dos años después, en mayo de 1838, da á la luz *La Caída de un Ángel*. De concepción desmesurada y desigual estilo, ya espléndido, ya confuso, *La caída de un Ángel*, á pesar de sus incoherencias y las complacientes concesiones á que induce una ejecución apresurada, sigue siendo el único gran poema épico del siglo. Durante el año siguiente aparece *Les recueils*, su última obra lírica. Dijérase que siente impaciencia por librar al poeta de su carga, para estar más dispuesto á la acción. Desde entonces la Historia resucitada ó viviente, apodérase de él por completo. Para la Francia que se aburre, escribe *Los Girondinos*, el poema de la Revolución.

La Historia se ha apoderado de él. La acción lo empuja, lo apasiona, lo embriaga, y desde la altura de sus sueños, bruscamente, va á precipitarlo al poder. Solamente manos débiles, manos de viuda y niño, podían detenerlo. Pero su destino le arrastra. "Una oleada de terror—había dicho—me arrojará al timón roto. Una tempestad, á nada." Y su profecía se cumplió. Llegó la tempestad soñada. Desde febrero á junio de 1848 fué el heroico timonel de la nave de Francia, que combatida por el mar, asaltada por la tormenta, y á los resplandores del rayo, dirigiese hacia lo desconocido, sin que nadie la pueda sumergir.

Durante aquellos tres meses fué el alma eloocuente de la patria, el intrépido tribuno de la paz y de la humanidad. La silla de paja desde la cual el 25 de febrero, ante el Hotel de Ville, al resplandor de los sables, de las bayonetas y de los fusiles á punto de dispararse; dominando el tumulto, los gritos, las detonaciones y el toque de somatén, arengó al pueblo amotinado haciéndole abatir la bandera roja, parécenos más sublime que la tribuna de los Gracos ó la de Mirabeau. El 17 de marzo comienza de nuevo aquella jornada legendaria. Día por día prodiga su vida y su genio. Cada día se nos muestra más rico de elocuencia y abnegación. El oro que aun le queda, lo dilapida en obras de caridad. Francia es quien lo da por su mano. La naturaleza lo había hecho patriótico. Sus sentimientos populares no eran más que una suprema liberalidad de su alma, grande y noble.

El 23 de abril, Francia vota. Tres millones quinientos mil votos lo aclaman. La Constitución lo declara benemérito de la patria, y el 16 de mayo cuando va á dar cuenta de su Gobierno, la Asamblea en masa, levántase ante él. Fué el rey de una hora. Francia estaba en sus manos, pero la dictadura que le ofrecían le era odiosa. No quería ser, á lo sumo, sino el primero de los ciudadanos, puesto que era el mejor. Su probidad cívica lo perdió. El único crimen que puede echarse en cara es un exceso de generosidad. Pero cuando un pueblo está fatigado ó es incapaz de ser libre, jamás perdona á la virtud

demasiado eminente que se haya negado á servirle aun en sus instintos de esclavo. La caída de Lamartine, fué tan rápida y aterradora como inmerecida é irremediable además. Reaparece Lamartine el 15 de mayo para cumplir con su deber. Y durante las jornadas de junio, se le ve pasar á caballo, yendo hacia las barricadas, con la cabeza descubierta, sonriente á la muerte, que deseaba y que buscó.

Pero le era preciso expiar su genio y pagar abundantemente el rescato de tanta gloria. Vió. Conoció la sociedad del tiempo. El golpe de Estado de diciembre lo había relegado á la sombra. Envejeció en ella dieciocho años, olvidado, arruinado bajo el peso de inquietudes y de penas renovadas continuamente, y sin tener ni derecho á desesperar. Porque él mismo se había condenado, como se ha dicho exactamente, á los *trabajos forzados* del honor. Sufrió su pena hasta el fin, y convirtió en oficio su genio. La pluma del gran cisne blanco, como él se complacía en llamarla tiempo atrás, ya no era sino una herramienta servil.

Tengamos el valor de decirlo: Francia fué ingrata con Lamartine. Había contraído con él una deuda sagrada que no pagó, y no teje ahora, sino tardíamente, para la sombra de aquel gran poeta que fué un gran ciudadano, la doble corona que merecía, de encima y de lamrel.

Lamartine sacudió el yugo de la vida el 27 de febrero de 1869.

La muerte, clemente con él, le libró de asistir al desastre de 1870.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Verseos ingénuos

Llevo sobre mi espíritu la carga de una tristeza incógnita y sombría: la vida es siempre dolorosa y larga cuando los bordes de su copa, amarga el zumo de mortal melancolía.

Mi espíritu siniestro fué acufiado en el troquel de una época derruida; yo debo ser un fraile trasmigrado, un fraile soñador martirizado por la ansiedad de una ilusión perdida.

Tiene mi cuerpo místicos resabios y reclama las negras vestiduras; siento el vino del cáliz en mis labios, y hubieran sido los archivos sabios la veta de mis íntimas lecturas.

En esta edad de fétiles asombros, para enclaustrar mis penas infinitas, cubriendo mis nostálgicos escombros, había de poner sobre mis hombros el manto de los padres carmelitas.

O con el signo de la cruz escrito en sangre, sobre el fino temporario, había de purgarse mi delito revisiendo con ánimo contrito el hábito severo del templario.

Pero hoy, caído el ídolo cristiano y adorado en los templos el becerro, tras los fulgores de una fe me afano como tras el satélite lejano inútilmente se fatiga el perro.

Concluirá la vergüenza de la vida, y al entregarme en brazos del nirvana, con los despojos de la fe perdida, reclinaré mi frente adolorida en la suprema angustia del mañana.

Ya nada habrá que separarme pueda de la opresión funesta del destino á donde mi alma resignada rueda; y cumpliré mi suerte mientras queda el raudal de mi sangre en el camino.

Eso pensé; y el ánimo doliente se entregaba sin fuerzas al fracaso; pero hoy el alma enajenada siente la obsesión de tu imagen esplendente surgida entre las sombras de su ocaso.

Son tus ojos dos fuentes milagrosas, como el Jordán de místicos raudales; allí están mis ideales mariposas á sumergir sus alas vaporosas en el refugio azul de sus cristales.

Prepara tu radiosa encarnistia para el triste heresiarca que te adora; comiguaré contigo, amada mía, fundiendo mi mortal melancolía en el fuego sagrado de tu aurora.

AUGUSTO C. COELLO

La Esfinge y la Quimera

En la frontera, á la otra orilla del Nilo, he aquí que aparece la Esfinge. Estira las patas, sacude las vendas de su frente y se tumba vientre á tierra.

Saltando, volando, espurriando fuego por las fosas nasales, azotándose las alas con su cauda de dragón, la Quimera de glaucos ojos gira y ladra.

Los anillos de su cabello, de un lado se entretejen con el vello de sus aucas, de otro barren la arena y oscilan al balancearse el cuerpo.

La Esfinge.—(Inmóvil mira á la Quimera). Detente: ¡aquí!

La Quimera.—¡Jamás!

La Esfinge.—¡No corras tanto, no vuelles tan alto, no ladres tan recio!

La Quimera.—¡No vuelvas á llamarme, para que al fin te calles muy buenas cosas!

La Esfinge.—No me soples fuego á la cara, no me ladres al oído: ¡de piedra soy!

La Quimera.—¡No me atraparás, pavorosa Esfinge!

La Esfinge.—¡No te quiero conmigo, loca de atar!

La Quimera.—¡Ahí te quedes!

La Esfinge.—¿A dónde bueno tan aprisa?

La Quimera.—A dispararme por las revueltas del laberinto, á cernirme sobre las cimas, á rasar los mares, á brincar en el hondón de los despeñaderos, á agarrarme á la faldamenta de las nubes. Con mi rabo arrastradizo rayo la arena de las playas; las colinas remedan la forma de mis hombros. Y tú, ahí eternamente quieta, ó dibujando alfabetos en la arena con las uñas de tus garras.....

La Esfinge.—Es que guardo mi secreto: calculo y reflexiono. El mar se revuelca en su lecho, los trigos ondean, las caravanas pasan, el polvo vuela, desmorónanse las ciudades—y la mirada fija de mis pupilas, más allá de los objetos, escruta inaccesibles horizontes.

La Quimera.—¡Yo soy rauda y regocijada! Descubro al hombre deslumbrante perspectivas, paraísos en las nubes y dichas remotas. Derramo en las almas las eternas locuras, planes de dichas, fantasías de porvenir, sueños de gloria, juramentos de amor, altas resoluciones..... Impulso al largo viaje y á la magna empresa..... Busco perfumes nuevos, flores más anchas, goces desconocidos.....

GUSTAVO FLAUBERT

Día de difuntos

La luz vaga opaco el día.....
la florezca cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
un obscuro velo opaco de letal melancolía,
y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete y
(se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera som-
bría,

y al oír en las alturas
melancólicas y obscuras
los acentos dejativos
y truístimos é inciertos
con que suenan las campanas,
las campanas plañideras
que les hablan á los vivos
de los muertos!

Y hay algo angustioso é incierto
que mezcla á ese sonido su sonido,
é inarmónico vibra en el concierto
que alisan los bronces al tocar á muerto
por todos los que han sido!

Es la voz de la campana
que va marcando la hora,
hoy lo mismo que mañana,
rítmica, igual y sonora:
una campana se queja
y la otra campana llora,
ésta tiene voz de vieja
y ésa de niña que ora.

Las campanas más grandes, que dan un doble
tranco

suenan con un acento de místico desprecio,
mas la campana que da la hora
ríe, no llora:
tiene en su timbre seco sutiles ironías;
su voz parece que habla de fiestas, de alegrías,
de citas, de placeres, de cantos y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días:
es una voz del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe
excéptica y burladora,
de la campana que gime,
de la campana que implora;
y de cuanto aquel coro conmemora;
y es que con su retintín
midió ella el dolor humano,
marcó del dolor el fin.

Por eso se ríe del grave esquilon
que suena allí arriba con fúnebre aón;
por eso interrumpe los tristes conciertos
con que el bronce santo llora por los muertos!

No la oigáis, campanas: No la oigáis; oh bron-
(ces!

que con la voz grave de ese clamoroso
rogáis por los seres que duermen ahora,
lejos de la vida, libres del descao,
lejos de las rotas batallas humanas;
seguid en el aire vuestro bamboleo,
no la oigáis, campanas....
Contra lo imposible ¿qué puede el descao?

Allá arriba suena, rítmica y sonora,
esta voz de oro,
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reloj,
suena, suena, suena ahora.

y dice que ella marcó
con su vibración sonora
de los olvidos la hora;
que después de la velada
que pasó cada difunto
en una sala emistada
y con la familia junto
en dolorosa actitud
mientras la luz de los cirios
alumbraba el atañid
y las coronas de lirios;
que después de la tristura
del llanto conmovedor,
de las fraices de amargura,
de los gritos de dolor,

marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto, huyó el pensamiento
del muerto y el sentimiento
seis meses más tarde.....ó diez

Y hoy día de muertos, ahora que flota
en las nieblas grises la melancolía,
en que la lluvia cae gota á gota
y con sus tristezas los nervios embota
y envuelve en un manto la ciudad sombría;
ella, que ha marcado la hora y el día
en que á cada casa lúgubre y vacía,
tras el luto breve volvió la alegría;
ella, que ha marcado la hora del baile
en que al año justo un vestido aereo
estrena la niña, cuya madre duerme
olvidada y sola en el cementerio;
suena indiferente á la voz de fraile
del esquilon grave, y á su canto serio;
ella, que ha marcado la hora precisa
en que á cada boca de dolor sellada,
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada;
ella, que ha marcado la hora en que el vido
habló del suicidio y pidió el arsénico,
cuando aún en la alcoba recién perfumada
flotaba el aroma del ácido fénico;
y ha marcado luego la hora en que mudó
por las emociones con que el gozo agobia,
para que lo unieran con sagrado nudo
á la misma iglesia fué con otra novia;
ella no comprende nada del misterio
de aquellos quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocosero,
y sigue marcando con el mismo modo
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire
la huida del tiempo que lo borra todo!

Y eso es lo angustioso é incierto
que flota en el sonido.
Esa es la nota irónica que vibra en el concierto
que alzan los broncos al tocar á muerto
por todos los que han sido!
Es la voz fina y sutil
de vibraciones de cristal
que con acento juvenil,
indiferente al bien y al mal
mide lo mismo la hora vil
que la sublime y la fatal,
y resuena en las alturas
melancólicas y oscuras,
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos é inciertos
de aquel misterioso coro
con que suenan las campanas.....
Las campanas plañideras
que les hablan á los vivos
de los muertos.....!

José ASUNCIÓN SILVA

Párrafos

de la *Novela de las Horas y los Días*

ON el invierno han vuelto los paisajes dolorosos, las lluvias largas y los llantos interiores. Estamos en plena desolación, engruñidos en la niebla en la inmensa ciudad que cobra al anochecer no sé qué misterioso aspecto de subterráneo. El cielo parece un techo oscuro puesto á ras de las casas. Y en las calles estrechas de los barrios populosos tiene uno la sensación de andar por corredores complicados que se enredan y se prolongan indefinidamente, como fantásticas catacumbas. Los almacenes que se alinean de un lado y otro de la calle, son como sepulcros donde duermen muchedumbres de almas. Y parece que las gentes que circulan y vuelven precipitadamente las esquinas, anduvieran al azar, extraviadas y atónitas, buscando su propio sepulcro.....¡Qué triste está París, cuando tengo el alma triste!.....

Mi espíritu se orienta hacia amargos países de desesperanza, y hay en mí la obsesión de las cosas negras. Todas las imágenes hóscas y los pensamientos helados se reúnen como para un gran *sabbat*.....

Hoy comencé á escribir estos versos que son casi la oración de un suicida:

La muerte es una virgen inviolada
que nadie sabe amar. Por un misterio
que oculto quedará, fué condenada
á tener como cámara sagrada,
como torre y castel un cementerio.....
Pero bajo la horrible faz fría
que asusta y llena de pavor, se esconde
una belleza en flor que está dormida
y que no puede recobrar la vida
porque ninguno á su llamar responde.....

.....Y cuando me interrumpo y hago un esfuerzo para recobrar la vivacidad de otras horas, parece que una mano férrea me lo impide. La melancolía tiene atractivos de mujer tísica. El gran patio gris donde bogan mis ojos como en un mar de sombra, ha acabado por ser el símbolo de mis decoraciones de alma. Y toda esa tristeza que me rodea y me sitúa, todo el misterio tenebroso que me envuelve en estos crepúsculos apresurados de la estación mortal, son como una atmósfera que me parece indispensable.

MANUEL UGARTE

París.

Lirio

CASI todo alma
vaga Gerineidos
por esos jardines
del rey, á lo lejos,
junto á los macizos
de arrayanes.....

Besos

de la reina dicen
los morados cercos
de sus ojos mustios:
dos idihos muertos.
Casi todo alma
se pierde en silencio
por el laberinto
de arrayanes.....

¡Besos!

Sólo, sólo, sólo.
Lejos, lejos, lejos.....
Como una humareda,
como un pensamiento.....
Como esa persona
extraña, que vemos
cruzar por las calles
obscuras de un sueño.

MANUEL MACHADO

Del Cantar de los Cantares.

ESCENA II

El coro.—¿Quién es ésta, cuya mirada es como la aurora, hermosa como la luna, pura como el sol, terrible como un ejército de escuadrones en batalla?

La Sulamita. (Aparte, y volviendo la espalda á las mujeres del coro).—Descendí al huerto de los nogales para ver las yerbas de los valles y observar si la viña ha germinado, si los granados estaban en flor. ¡No lo supe! Mi capricho me confuvió entre los carros del séquito de un príncipe.

Las mujeres del harem.—Por favor, por favor, Sulamita; por favor, vuélvete para que te veamos.

Una bailadora del harem. (Bailando).
—¿Cómo mirarás á la Sulamita delante de una danza de Mahanáim?

Salomón.—¿Cuán hermosos son tus pies en tus sandalias, hija de príncipe! Los

juegos de tus muslos, como ajorcas labradas de mano de artífice. Tu seno es una taza torneada llena de vino aromático; tu cuerpo, como montón de trigo cercado de lirios. Tus dos pechos como dos cervatillos mellizos de corza. Tu cuello como torre de marfil; tus ojos como las piscinas de Hesebon, que están situadas en la puerta de la *Hija de la muchedumbre*. Tu nariz como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco. Tu cabeza como el Carmelo, y tus cabellos como los hilos de púrpura con que un rey ha encadenado sus gudejas.

¡Cuán hermosa eres; y qué graciosa, amor mío, en la hora de las delicias!

Tu estatura es semejante á las palmeras, y tus pechos á los racimos.

Dije: subiré á la palmera, y cogeré los frutos de ella. Y serán tus pechos para mí como racimos de viña, y tu aliento como olor de manzanas; tu boca como un vino exquisito que corre dulcemente y humedece los labios del amante adormecido.

La Sulamita, como si estuviese sola.
—Yo para mi bien amado, y él también hacia mí, suspirando.

REV SALOMON

Elegías Antiguas

VAMOS á la necrópolis sombría á pensar en los muertos, á meditar, bajo la bruma fría de la tarde invernal, en el misterio que en el sepulcro lóbrego se encierra y á sentir la letal melancolía de las cosas fugaces de la tierra.

Elevemos el alma hácia regiones puras y serenas, y en la sénébre calma que sólo altera el sollozar del viento, desatemos las ásperas cadenas con que sujeta la miseria humana el ala inmaterial del pensamiento.

Abiguemos los ojos taciturnos en la luz mortecina de la tarde, largamente espaciemos la mirada por el campo colmado de misterio, y al cruzar el silente cementerio con el ánima triste y desolada, pensemos con dolor que todo es nada, que sólo hay un misterio cuyo imperio en el alma se impone duro y fuerte: el terrible misterio de la Muerte!

Y evoquemos las pálidas visiones
de los seres amados
que yacen para siempre
en el seno profundo del olvido.
De aquellos generosos corazones
que estuvieron atados
por un lazo querido
que inmortal parecía, á nuestra suerte;
y que con leve aliento
en un breve momento
irónica y cruel rompió la Muerte!

Ellos duermen inmóviles
en sus lechos helados,
sin amor, sin dolor y sin ensueños;
y nosotros sufrimos fatigados
caminando entre escumbros,
extintos para siempre nuestros sueños
y llevando montañas
de dudas y tristezas en los hombros!

Hay voces misteriosas
que en esta hora solemne
del día de difuntos
sueñan en nuestro espíritu.
Voces de eternidad, ruidos inciertos
de una canción extraña é ilusoria
que llenan de crepones la memoria
cuando al conjuro de sus ecos lúgubres
de ella resurgen los amados muertos!

Las campanas
metálicamente lloran en la oscura lejanía....
y sus flautos plañideros
y sus quejas gemidoras
hablan de las cosas vanas,
y una sonora elegía
entona su alma de bronce
en honor á los difuntos
en la hora en que muere el día!

El luto de las sombras
lentamente cayó sobre los campos.
El solemne silencio de la muerte
tendió sus alas lóbregas.
En occidente los postreros lampos
se confundieron en la noche. Y luego
todo se puso negro. De improviso
de hondo dolor el mundo se reviste,
y en la bruma, cual lágrima de fuego,
como un fulgor fantástico, impreciso,
brilló una estrella, fríamente triste.....

CRISTHÁN DE MALIVERT

Tegucigalpa.—Noviembre de 1903.

De Lo Desconocido

Á CAMILO FLAMMARION

Querido maestro y amigo:

ERA en 1871. Estaba yo en la edad
en que se cogen florecillas en los
campos como usted recoge estrellas en el
infinito; pero en un momento en que ol-

vidé aquella poética ocupación, escribí un
artículo que me valió algunos años de
cárcel. Estaba yo, pues, en la prisión de
San Pedro, en Marsella, en la que tam-
bién se encontraba Gastón Crémieux,
condenado á muerte, y al que quería mu-
cho porque los dos habíamos tenido los
mismos sueños y creído en la misma rea-
lidad. En los paseos de la prisión era
frecuente que hablásemos de la cuestión
de Dios y del alma inmortal. Un día al-
gunos camaradas se declararon ateos y
materialistas, con una vehemencia poco
ordinaria, y les hice observar que no es-
taba bien en nosotros proclamar esas ne-
gaciones ante un condenado á muerte
que creía en Dios y en la inmortalidad
del alma. El condenado me dijo son-
riendo:

—Gracias, amigo mío. Cuando me fu-
silen iré á dar á usted la prueba por una
manifestación en su celda.

La mañana del 30 de noviembre, al ra-
yar el alba, fui repentinamente desperta-
do por unos golpecitos secos dados en mi
mesa. Me volví y el ruido cesó. Me dor-
mí de nuevo y unos momentos después
sentí el mismo ruido. Salté entonces de
la cama y me puse, bien despierto, delan-
te de la mesa. El ruido continuó. El
hecho se reprodujo todavía una ó dos ve-
ces en las mismas condiciones.

Al levantarme todas las mañanas, te-
nía yo la costumbre, con la complicidad
de un buen carcelero, de ir á tomar una
taza de café á la celda de Crémieux y
aquel día me dispuse á hacer lo mismo.
¡Ay! Vi sellada la puerta de su prisión y
observé por el ventanillo que él no estaba
en ella. El carcelero entonces se arrojó
en mis brazos y me dijo llorando:

—Le han fusilado esta mañana al des-
puntar el día. Ha muerto con gran valor.

La emoción fué grande entre los pre-
sos, á los que el miedo pueril de que
se burlasen de mí me impidió contar lo
que había sucedido en mi celda en el mi-
nuto preciso en que Crémieux caía acriba-
llado de balas. Hice, sin embargo, la con-
fidencia á uno de ellos, Francisco Rous-
tan, que dudó un momento si la pena me
había vuelto loco.

He escrito este relato al correr de la
pluma. Haga usted de él el uso que le

parezca fútil á sus investigaciones, pero no forme sobre mí el juicio de mi amigo Roustan, porque el dolor no podía haberme vuelto loco cuando el conocimiento del hecho no le había aún provocado. Me encontraba en mi estado normal, no sospechaba la ejecución y oí perfectamente aquella especie de advertencia. Esta es la verdad desnuda.

CLOVIS HUGUES

El Castillo de Elsinor

Caracas: 12 de setiembre
de 1903.

Señor Froilán Turcios,
Tegucigalpa.

Distinguido compañero:

Siempre que me ha sido posible he solicitado la *Revista Nueva* que Ud. dirige y donde vierte tan finas emociones.


Lo esencial del alma moderna encuentra eco en esa revista; y así yo me digo que quien con amor lea lo que Ud. en ella escribe y colecciona, se pone en contacto con lo mejor de lo que en el mundo se sueña y se piensa.

Le agradezco el haberme dado asilo, en más de una ocasión, entre tan selecta compañía, aunque temo que mi gesto descomponga un poco la armonía del conjunto.

Con el mayor placer le envío, por este mismo correo, mi último libro.

Su compañero y amigo,

PEDRO EMILIO COLL.

 **DMÍRASE** en este libro la intensidad del pensamiento y la impecable elegancia de la forma. Se comprende en seguida que su autor es un joven esteta, cuyos oídos se han deleitado con la armonía de las más sobrenaturales músicas y cuyos ojos se anegaron en el esplendor de las lumbres extraordinarias.

Tal se revela en ese volúmen que tiene un alma y una cadencia que hace soñar y meditar y habla singularmente de cosas graves y melancólicas.

.....*El Castillo de Elsinor*.—Castillo de sueños y de abstracciones, viejo castillo pétreo, que oyó la voz de Hamlet, el amado de Ofelia; y que yo he visto en alguna noche hiperbórea, colmada de frío y de sombra, quiméricamente triste en un país de pesadilla, guardando el espectro errante del príncipe infeliz....

Pedro Emilio Coll posee un estilo personal, un léxico brillante. Es pensador y erudito, y sobre todo, un artista noble y extraño. Encanta su prosa, vibradora y sugestiva, cristalizada y marmórea: á veces nerviosa y ondulante ó fría é impasible como las inmortales esculturas helénicas. Pero siempre llena de novedad en la idea y en el ritmo.

Es un alto poeta que no necesita de la rima para dar á sus creaciones vida y hermosura. Su frase bien vale por un bello verso y sus párrafos son estrofas hondas y musicales.

Mi espíritu, ávido de belleza, se deleitó con las ciento treinta páginas de este libro, en una de las últimas tardes de octubre, glaciales y oscuras, cubiertas por un cielo de estaño. Una ancha faja de luto llenaba el horizonte y toda la tierra parecía gemir de dolor y desesperanza. A la lumbre taciturna leí las postreras líneas de aquella ligera y seductora interpretación hecha á las maravillosas páginas finales de *La muerte de los dioses*, impregnadas, como el rostro del dios que modelara Arsinoe, de una tristeza sobrehumana; y mi ser, extraño ya á toda hostil impresión exterior, gozó por un momento de ese placer divino que sólo las castas y dulces cosas del espíritu pueden producir.

Y una vez más—bajo el encanto de las emociones singulares expresadas por este fraternal espíritu—comprendí que el Arte, en el sentido sagrado de la palabra, es la cumbre luminosa del alma humana, sólo accesible á uno que otro temperamento de selección: que fuera de estas puras alegrías intelectuales, en todas las sonrisas de la vida hay un gesto de amargura: que todos los demás placeres están saturados por ese acre y sutil veneno de la inquietud y de la duda que llevamos en las células y en la sangre.....

....Tras el regreso de mi pensamiento—perdido en no sé qué abismos de mi mundo interior ó en qué mágicas deleitaciones de hermosura inspiradas por el libro de Coll—me pareció el mundo real un vasto cementerio silencioso, bajo un oscuro cielo de invierno.....

FRILÁN TURCIOS

Baile en el cementerio

(Traducción de
PÉREZ BONALDE)

BUENAS la niña: la callada luna trémulo rayo al aposento envía, mientras afuera resonar se oye de un vals la cadenciosa melodía.

Asómase la hermosa á la ventana por ver quien turba su tranquilo sueño, y un esqueleto vé que el vals toca en un violín, con pavoroso empeño.

—“Me ofreciste una vez bailar conmigo, y tu promesa aguardo todavía. Baile en el cementerio hoy esta noche; vea, y allí bailaremos, alma mía!”

Vivo deseo al punto se apodera de la niña infeliz—fuera se lanza, y al esqueleto sigue, que cantando y tocando el violín al frente avanza.

Y los desuados huesos traqueando con pavoroso y áspero crugido, con rayo de la luna, horribles gestos, va haciendo con el cráneo carcomido.

ENRIQUE HEINE

Famento de otoño

ESOX que María me ha dejado para irse á otra estrella—¿cuál, Orión, Al-tair, ó tú, verde Venus?—he buscado siempre la soledad. ¡Cuántos días he pasado sólo con mi gato! Por sólo, entiendo sin un ser material y mi gato es un compañero místico, un espíritu. Puedo, pues, decir, que he pasado muchos días sólo con mi gato y, sólo con uno de los últimos autores de la decadencia latina; porque desde que la blanca criatura no existe ya, extraña, y singularmente he amado todo lo que se resume en esta palabra: caída. Por eso, del año, mi estación favorita, es la de los últimos días lánguidos del estío que proceden inmediatamente al otoño, y del día, la hora en que yo me paseo, es cuando el sol descansa

antes de desaparecer, con rayos de cobre amarillo en los muros grises y de cobre rojo en los cristales. Del mismo modo la literatura, á la cual mi espíritu pida una voluptuosidad, será la poesía agonizante de los últimos momentos de Roma, mientras aun no respire la proximidad rejuvenecedora de los bárbaros y no balbuceé el latín infantil de las primeras prosas cristianas.

Leía yo, pues, uno de esos predilectos poemas (en los que las capas de aceites tienen para mi mayor encanto que el color encarnado de la juventud) y pasaba la mano por la piel suave del puro animal, cuando un organillo cantó lánguida y melancólicamente bajo mi ventana. Tocaba en la gran avenida de los álamos cuyas hojas me parecen sombrías, aun en primavera, desde que María pasó por allí, entre cirios, por última vez. El instrumento de los tristes, sí, verdaderamente: el piano centellea, el violín da luz á las fibras desgarradas, pero el organillo, en el crepúsculo de un recuerdo, me ha hecho soñar desesperadamente. Mientras murmuraba una tonadilla alegremente vulgar, que ha dado el contento al corazón de los *faubourgs*, una tonadilla anticuada, trivial, ¿por qué su *estribillo* me penetraba en el alma y me hacía llorar como una balada romántica? La saboreé lentamente y no le eché ni un sueldo por la ventana por temor de moverme y darme cuenta de que el instrumento no cantaba sólo.

STÉPHANE MALLARMÉ

NOTAS

Voces cordiales.

—José Enrique Rodó te saluda y felicita por la reaparición de la *Revista Nueva*, que recibe y lee con verdadero interés.—(Montevideo, Uruguay, 20 de julio de 1903).

—Su revista es una preciosa antología americana.—*Enrique Gómez Carrillo*.—(París, 17 de julio de 1903).

—Recibo siempre su hermosa revista y la leo con placer. Mis votos y simpatías. Suyo, *Leopoldo Díaz*.—(Ginebra, Suiza, agosto de 1903).

Una carta.

Santiago de Chile, 5 de agosto
de 1903.

Sr. don Froilán Turcios,

Tegucigalpa.

Muy señor nuestro:

Las colecciones de poesías hispano-americanas hasta hoy publicadas, adolecen de sensibles omisiones algunas, otras, de suma prodigalidad, las más, de falta de selección en el material que contienen, y la del Sr. Menéndez y Pelayo, que es magnífica, no está al alcance de todas las fortunas. Pensando subsanar estos inconvenientes, hemos emprendido la difícil tarea de arreglar una Antología en cuyas páginas se registren las más selectas producciones, algunos datos biográficos, y, si es posible, el retrato de cada autor.

A fin de realizar cumplidamente nuestro propósito, y con el deseo de que la obra no dé lugar á reparos, nos permitimos dirigir á Ud.—que ha de ocupar lugar de preferencia en nuestro libro—la presente comunicación, en la confianza de que se servirá indicarnos cuál es la mejor colección que de sus poesías se ha hecho, y á qué Casa podemos dirigirnos en demanda de una buena fotografía suya.

Su biografía la conocemos mucho; con todo, si Ud. deseara rectificar alguna inexactitud de sus biógrafos, ó añadir algo que á ellos pudiera haberse escapado, nos honraría Ud. enviándonos sus instrucciones.

No queremos terminar la presente sin suplicarle se sirva hacernos indicaciones á cerca de cuáles son sus obras predilectas. Esas serían, en todo caso, insertadas de preferencia.

Tenemos el honor de suscribirnos de Ud. afectísimos y SS. SS.

MANUEL GUZMÁN MATORANA.

ROBERTO RIFÓ BUSTOS.

Instituto Pedagógico, Santiago de Chile.

La Revista Nueva en Guatemala.

—En Tegucigalpa, viene trabajando, desde hace varios años con fe y exquisito gusto artístico, uno de los jóvenes más inteligentes con que cuenta Centro-América. Es el poeta y prosista don Froilán Turcios, director y propietario de la *Revista Nueva*, periódico que ya tiene fama

continental, porque además de las producciones del señor Turcios, ha sabido hacer de su periódico un precioso florilegio en que se leen los trabajos más exquisitos de la literatura contemporánea.

Diario de Centro-América.

—En Tegucigalpa reapareció la *Revista Nueva* editada por el poeta Froilán Turcios, modernista de exquisito gusto, que no por serlo desdeña los elevados vuelos de los grandes románticos, ni los bloques sublimes del sentimentalismo serio, ni mucho menos las traducciones cortas de los maestros clásicos antiguos.

Ateneo de Guatemala.

En Venezuela.

Su *Revista Nueva* es precioso jardín de flores cosmopolitas que Ud. escoge con finura de artista.

Sus *Cuentos Cruels* son adorables, y yo aquí los hago reproducir para encanto de los espíritus nobles.—*J. I. Vargas Vila.*

Permanentes.

—*Agradeceríamos á los periódicos y revistas con quienes tenemos establecido el canje, la reproducción de nuestros sumarios.*

—*Esperamos que las publicaciones que reproduzcan nuestros materiales extranjeros, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.*

—Hemos comprado en una casa de comercio el papel de la presente edición, por haber, en la actualidad, gran escasez de aquel artículo en la Tipografía Nacional.

Reproducciones.

El Correo de la Tarde, de Mazatlán, México, reproduce nuestro soneto *Madre Melancólica*; y *La Ilustración*, de Santiago de Chile, el intitulado *Carlota Corday*.

Rodenbach.

Se ha inaugurado en Gante el monumento levantado en memoria del escritor Jorge Rodenbach.

Libros que hemos

recibido últimamente.

—*Trizas de poemas*, poesías de Jacinto Añez—Caracas—Venezuela.—Un volumen de 90 páginas. Prólogo de Gabriel E. Muñoz.

—*Pisagua* (ensayo de novela), por Alcides Arguedas.—La Paz—Bolivia.

—*Los amores de Juanín*—por Francisco González—San Salvador.

—*En Italia*, novela de Gustavo Guzmán (envío del Director de la Biblioteca Nacional de Managua).